

DE AYER A HOY

APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA LUCHA CONTRA LA LEPROA
EN ESPAÑA

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

MADRID

LA proximidad del Congreso Internacional de Lepra, que habrá de celebrarse en Madrid, con gran esplendor, durante el mes de octubre próximo, sitúa en el plano de la actualidad todo cuanto tenga relación con la terrible enfermedad bíblica.

La primera leprosería de que se tiene noticia en España fué fundada por el Cid, en Valencia, allá por el año 1067. Más tarde, en 1255, el rey don Alfonso el Sabio creó otra leprosería en Sevilla, con el nombre de «Nuevo Hospital para Malatos y Gafos», y en sus Partidas recuerda que gafedad y gafo son palabras aplicadas desde muchos siglos antes a la lepra y a los leprosos.

En el mismo año en que se publicaron las Partidas, se creó en Salamanca otra malatería, concediendo jurisdicción sobre ella al Comendador de los Padres Dominicos.

El rey don Fernando IV, en el año 1312, confirmó todo lo dispuesto a este respecto por su abuelo el Rey Sabio y por su padre, don Sancho, y Enrique II, sin duda aconsejado por sus médicos de cámara, dice en su carta de 7 de febrero de 1376 estas palabras: *«E si fuere fallado por el comienzo de dicha dolencia, o en medianía de ella y dixere que se quiere pensar o sanar o medicinar, que el dicho juez que le de plazo de un año, e que se piensa e guaresca de dicha enfermedad; e siendo el año cumplido que este tal doliente no sanase de la enfermedad y estuviese en la dicha dolencia, mandamos que no haya otro plazo alguno más que mora, y esté por doliente en la dicha casa de San Lázaro donde adelante.»*

Se advierte que este párrafo transcrito tiene sus más verídicos antecedentes en el «Levítico», que, al disponer las reglas que debía seguir todo leproso, dice que «toda persona afecta de este mal será conducida a la presencia del sacerdote dedicado al reconocimiento de estos enfermos, dictando la reclusión de todo sospechoso durante siete días, que solían prorrogarse otros siete, y si en este plazo el enfermo curaba, se le dejaba en plena libertad, exigiéndole sólo

que lavase sus vestidos, y si durante este tiempo el leproso no curaba, se le declaraba leproso e inmundo».

No se ocultará al claro criterio del lector que este período de siete días, prorrogable a otros siete, era a todas luces insuficiente para una terapéutica eficaz del mal; pero ilustres intérpretes de las Sagradas Escrituras admiten que deben considerarse los días, semanas y meses de aquellos tiempos con magnitudes distintas de las actuales.

Los Reyes Católicos fueron precisamente los que concedieron a los proto-médicos del Tribunal Supremo de la Medicina jurisdicción privativa sobre los enfermos de lepra y su recogimiento en centros hospitalarios, y Fernando e Isabel fueron los fundadores del actual Hospital de San Lázaro, de Granada, privando con ello de los derechos divinos a los sacerdotes y jueces eclesiásticos, creando, en cambio, los llamados «alcaldes de la lepra».

En muchas regiones alejadas de las leproserías principales, los pobres lazarenos habitaban en inmundos barracones, en barrios de chozas infectas, donde los leprosos, separados del trato de las gentes, se reunían, no siéndoles permitido caminar por los caminos reales.

La Leprosería de Santiago de Compostela, que es de las más antiguas de Galicia, data del año 1187, en que se hizo la escritura de fundación entre don Alfonso de Anaya y su esposa, doña Adosinda Menéndez, y el prior de la iglesia de Santa María del Sar, don Pedro Gudestaeiz, de una heredad situada a orillas del camino de los peregrinos, lugar de Las Cabañas, para edificar iglesias y casas destinadas a canónigos elefantíasicos.

En nuestros tiempos, a principios del siglo en que vivimos, un jesuíta, el P. Carlos Ferrís, fundó la Colonia Sanatorio de San Francisco de Borja, para leprosos, en Fontilles, término municipal de Pego, ciudad alicantina de cerca de 8.000 habitantes, obra magna de amor a la Humanidad que sufre el terrible mal lazarenos, y que ha logrado en todo el mundo bien ganado prestigio científico y social.

Y para confeccionar este reportaje nos hemos propuesto visitar personalmente y con nuestra inseparable «Retina» esta primera gran leprosería española.

Un salto de una hora a bordo de un magnífico «Bristol» de la Iberia, donde nos han obsequiado a todos los pasajeros, amablemente, con caramelos y una copa de Jerez, nos trae sin apenas darnos cuenta desde el aeropuerto de Barajas al florido y bello aeródromo de Manises, y apenas entramos en las calles valencianas, llenas de luz, de sol y de calor, nos trasladamos a la plaza de Tetuán, donde tiene sus oficinas la Delegación de Fontilles.

Nos recibe en el acto el reverendo padre Romaña, director de la Colonia Sanatorio, que amablemente me invita a visitar Fontilles, pasando en su hospedería para sanos los días que considere necesarios para informarme detalladamente de la organización, funcionamiento y labor científica, social y religiosa que allí se lleva a cabo.

—Mañana sábado—nos dice—, saldré de aquí a las seis de la tarde, para permanecer en la Colonia hasta el lunes. Si usted quiere, puede acompañarme, y si lo necesita, permanecer allí aun más tiempo que estos dos días.

—Agradezco y acepto honradísimo su atención de ofrecerme un asiento en su coche y la permanencia en el Sanatorio el tiempo que necesite para mi labor informativa. Creo que con estos dos días tendré suficiente para darme una acabada idea de lo que es Fontilles y de cómo se trabaja en aquel centro humanitario y benéfico. Mañana, a las seis en punto, me tendrá usted aquí.

Y, efectivamente, al día siguiente emprendimos el viaje para cubrir los cien kilómetros que separan Valencia de Fontilles y que es precisamente la misma distancia que hay de Fontilles a Alicante.

Durante el agradable trayecto, intercalando en las noticias que amablemente me iba dando el padre Romaña de los bellísimos parajes que atravesamos, con-

testó así a las preguntas que le formulé sobre el origen y fundación de esta gran obra.

—¿Cómo surgió en el padre Ferrís la idea de fundar esta Colonia para leproso?

—Fué muy curioso y emotivo el origen de esta leprosería. En el año 1901 se celebraba en Tormos, pueblecito a cinco kilómetros del valle de Fontilles—nombre que viene de las muchas fuentes que en él existían— una misión de seis días, dispuesta por el acaudalado vecino de la localidad don Joaquín Ballester, nombrando misionero de las mismas al padre Carlos Ferrís, que tenía su habitual residencia en el palacio del Santo Duque de Gandía. Uno de los días de la misión, después de cenar, charlaban al amor de la lumbre de la chimenea el padre Carlos y don Joaquín, cuando oyeron una voz ronca que parecía venir del otro mundo, pero que en realidad llegaba a sus oídos a través del tabique de la cocina, desde la casa inmediata, y, ante el asombro del padre Ferrís, don Joaquín le aclaró: «Es la voz de un leproso que vive abandonado en la casa vecina; un leproso con quien yo jugué a la



MONUMENTO AL PADRE FERRÍS, FUNDADOR DE FONTILLES.

pelota cuando éramos pequeños y que ahora, al divisarme de lejos, da un rodeo para no saludarme, avergonzado de su padecimiento. Vive solo, y él atiende a todas sus necesidades, preparando su misera comida y llegando, a veces, a faltarle hasta el agua.» Estas palabras—continúa diciéndome el padre Romaña— impresionaron profundamente al caritativo misionero, que, a partir del día siguiente, contando con el decidido apoyo de don Joaquín, comenzó los trabajos para crear esta obra de Fontilles, en cuya iniciación y desarrollo tuvieron necesidad de vencer ingentes dificultades y soportar penalidades y disgustos infinitos.

—¿Cuándo fué inaugurado el Sanatorio?

—El 17 de enero de 1909, ingresando en el mismo los primeros ocho enfermos. Antes, en septiembre de 1908, la «Gaceta de Madrid» publicaba una orden ministerial por la que Su Majestad el Rey disponía que se autorizase a la Junta del Patronato de San Francisco de Borja para abrir al servicio público el Sanatorio Leprosería de Fontilles, tan pronto se hubiesen instalado con-

venientemente los servicios de desinfección, significando a dicha Junta, en nombre del Rey, la satisfacción con que había visto los constantes desvelos en beneficio de los infelices leprosos y el propósito del Gobierno de favorecer, cuanto fuera posible, dentro de las leyes vigentes, la multiplicación de obras semejantes a la que con tanta caridad, perseverancia y celo acababa de realizar el

Patronato de San Francisco de Borja.

—Pero, por lo visto —comentamos—, en la orden ministerial que usted acaba de citarme, padre Romañá, no se decía nada de la aportación económica que el Estado estaba obligado a ofrecer a una obra de tal magnitud.

—Efectivamente. Vivíamos de la caridad y continuamos ahora desarrollando nuestra humanitaria labor gracias a las generosas limosnas de las gentes que conocen nues-



VISTA GENERAL DEL PABELLÓN DE HOMBRES, EN FONTILLES

tro titánico esfuerzo. Hasta 1917 no comenzó a contribuir el Estado a nuestros gastos, con una tan reducida aportación económica como la de 3'50 pesetas diarias por enfermo, cuando había necesidad de practicar tratamientos, entonces a diario, cada uno de los cuales consumía un kilo de algodón hidrófilo, que por aquellos tiempos valía seis pesetas.

Se ha hecho el silencio, un silencio triste y angustioso, y entonces el padre Romañá me ha preguntado si yo tenía algún inconveniente en invertir el resto del viaje en rezar el Santo Rosario.

—No faltaba más, reverendo padre. Recemos el Rosario.

Y el padre Romañá ha comenzado:

—«Dómine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam...»



PABELLÓN DE MUJERES, EN FONTILLES

Apenas hemos traspasado el grandioso arco de entrada a la Colonia, rodeada por murallas en toda su extensión, de unos setecientos mil metros cuadrados de superficie, nos sorprende el mágico espectáculo del valle de Fontilles y de las montañas que le rodean. No se trata de una árida paramera, sino de terreno de

una frondosa y rica vegetación, en la que abundan los naranjos, viñedos, olivos, algarrobos y pinares, que denotan la benignidad del clima que los envuelve, tan beneficioso y tan sano. Por todas partes brotan espontáneamente el romero y la aliaga, la salvia y el espliego, el tomillo y la estepa blanca y negra, el manrubio y la hierba buena, así como el «rabet de gat» que dicen los indígenas, el pe-



EL PADRE PALÁU, DE FONTILLES, CON LOS MÉDICOS RESIDENTES DRES. TERENCIO Y LÓPEZ CONTRERAS.

torret, la lengua de ciervo y la «pebreella», usada en el adobo de las aceitunas. Fontilles se encuentra en el término de Laguart, al que recientemente el Ayuntamiento valenciano ha distinguido dando su nombre a una de las nuevas calles de la capital. Lo defiende de los vientos fríos del Norte la plana de Castellet, que se enfrenta con la montaña de Murla, dejando en medio una gran abertura desde la que se divisa Denia y la franja azul del Mare Nostrum en una amplia extensión constelada de pueblecitos y aldeas que gozan del alto nivel de vida

que les proporciona la fastuosa riqueza de su suelo.

Toda la extensión de la Colonia Sanatorio está poblada de grandes y pequeños pabellones. En primer término, en la parte sana de Fontilles, se alza la hospedería, donde residen los visitantes y radica la Administración, la Biblioteca de médicos y otros departamentos. Más lejos se yergue airoso y «fotogénico», como dice el padre Romaña, el pabellón de Santa Isabel, para enfermos varones. A la derecha y arriba, a buena distancia, el amplio edificio destinado a enfermas, y muy cerca, el pabellón de la Sagrada Familia, capaz para trescientos enfermos y no terminado aún por falta de medios económicos, y por todas partes, edificios y más edificios: la iglesia, actualmente en reparación; el pabellón de cine y teatro; la clínica, con espléndido laboratorio bacteriológico, en el que pude examinar numerosas historias clínicas redactadas con el mayor detalle e ilustradas con fotografías y radiografías obtenidas a la entrada en el Sanatorio y repetidas periódicamente; dosis administradas de los diversos medicamentos preconizados para el tratamiento de esta grave afección, en ca-



DOS LAZARINOS, RECIBIENDO INSTRUCCIONES DE UNA HERMANA.

mino de ser dominada por la ciencia; preparaciones histológicas y anatómo-patológicas; en fin, cuanto pueda solicitar el clínico más exigente.

Me acompañan en esta visita de tipo clínico los médicos residentes doctores don Giovanni Ponziani, italiano, de Trieste, que lleva en el Sanatorio varios años; don José Terencio de las Aguas, de Valencia, que va a cumplir el año de estancia en Fontilles; el médico becario don Salustiano López Contreras, de Madrid, que sólo lleva efectuando estudios los meses de este verano. También nos acompaña frecuentemente en nuestras visitas el padre Paláu, que es una especie de Bing Crosby de Fontilles, porque él juega al fútbol, como los médicos, con los leprosos; lleva anotadas las quinielas que juegan los asilados; hace las veces de fotógrafo clínico; es el encargado de las proyecciones cinematográficas, atendiendo siempre, con la más cordial sonrisa, a todas las peticiones de enfermos y sanos. Yo había agotado dos carretes de mi «Retina», y el padre Paláu, con una diligencia y amabilidad que nunca agradeceré bastante, llevó a su laboratorio uno de mis chasis, trayéndomelo cargado a los pocos minutos. ¡Muchas gracias, padre Paláu! Otra vez que vuelva a Fontilles, organizaremos los dos un festival musical y literario de homenaje a los enfermos...

Unos y otros me facilitan cuantos datos necesito y contestan a mis preguntas llevándome aquí y allá para hacerme ver por mis propios ojos lo que me interesa. En la residencia son atendidos en la actualidad 297 enfermos, la mayor parte de los cuales se encuentran totalmente limpios de bacilos de Hansen y, por lo tanto, han dejado de ser contagiosos, gracias a la moderna terapéutica con ellos utilizada. Los que todavía son bacilíferos, capaces de determinar contagios, son aquellos que no han tolerado los medicamentos administrados.

Los médicos de la Colonia Sanatorio han dispuesto de todos esos nuevos recursos terapéuticos que se llaman sulfonas, tiosemicarbazonas, ácido para-amino-salicílico, hidrácidas del ácido isonicotínico, antibióticos, antihistamínicos, cortisona y ACTH, y en el próximo Congreso presentarán interesantes trabajos acerca de los resultados obtenidos, siempre bajo la dirección de los doctores don Félix Contreras Dueñas, de Madrid, que es el director facultativo de Fontilles; don Javier Guillén Prats, de Valencia, hijo del que fué incansable y benemérito primer director de Fontilles, don Mauro Guillén, al que también Valencia ha enaltecido su memoria dando su nombre a una calle. El cuerpo facultativo de Fontilles edita, con la colaboración de eminentes dermatólogos de todo el mundo, una revista de Leprología que se denomina «Fontilles», en la que se hace una brillante y eficaz aportación al progreso en el mejor conocimiento y terapéutica de la lepra.

Del gigantesco esfuerzo llevado a cabo por el padre Ferrís, humanitario fundador de esta leprosería, dará cabal idea el hecho de que al fallecer, a consecuencia de un cáncer gástrico, el día 18 de octubre de 1924, había invertido en Fontilles la enorme cifra de doce millones de pesetas, obtenidas milagrosamente, sobrehumanamente, con limosnas...

Habría para escribir muchos volúmenes refiriendo con detalle la ingente labor allí desarrollada, que continúa pujante y vigorosa aun después de haber pasado cerca de treinta años desde que entregara su alma a Dios aquel santo varón.

Una de las veces que vino a Madrid el padre Ferrís, para conseguir apoyo económico del Estado y poder atender a las necesidades de sus enfermos, le informaron que en el Ministerio de la Gobernación había una buena noticia para él y corrió gozoso al caserón de la Puerta del Sol, seguro de haber logrado

la subvención solicitada. Pero el Ministro le comunicó que había conseguido para él... la Gran Cruz de Beneficencia, la más alta distinción con que la Patria recompensa las obras de caridad, y el padre Ferrís, desilusionado, agregó, después de haber expresado al Ministro su agradecimiento, que «para cruces, con las que Dios le enviaba tenía bastantes. Lo que yo he venido a buscar es una subvención que me ayude a sostener a mis leprosos». Pero lo cierto es que con la Gran Cruz llegó también la subvención.

Y recientemente, el 27 de marzo último, el Generalísimo Franco firmaba un decreto que decía así: «En atención a las circunstancias que concurren en el Patronato de San Francisco de Borja, de Fontilles, VENGO en concederle la Gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad. Así lo dispongo por el presente decreto, dado en Madrid a veintisiete de marzo de mil novecientos cincuenta y tres.—FRANCISCO FRANCO.—El Ministro de la Gobernación, Blas Pérez y González.»

Alta distinción que el Patronato ha agradecido y comentado en el editorial «Salus in cruce», palabras que campean en el escudo de Fontilles, con las siguientes frases: «Nosotros tomamos ahora esta nuestra Cruz que con rasgo de conmovedora gentileza nos ofrece el Caudillo de España, ante quien rendimos toda la verdad leal de nuestro mejor agradecimiento y vamos a colocarla en la hilera fontillense de las cruces que manan salud.

Queremos que esa Gran Cruz, si se nos ha otorgado con un matiz de premio, tenga para nosotros un carácter mucho mayor, de exigencia, de mandato y de estímulo.

Dejad que la clavemos en la tierra de este valle lazarino, para que se tiña con la viola encendida de tanto padecimiento abnegado y de tanto sacrificio heroico. Así rezumará para nosotros ejemplo de santidades y nos forzará más y más a apretar diariamente el pobre don de nuestras horas y nuestros trabajos ofrecidos por la salud moral y material de los hermanos lazarinis hasta que la plaga maligna desaparezca por completo de este suelo bien amado de España.»

Y a este efecto, este benemérito Patronato ha emprendido una gran tarea profiláctica del mal lazarino, creando en Tormos un Antepreventorio, al que irán a parar los hijos de matrimonios leprosos, para estudiar los estigmas que pudieran presentar de la enfermedad y los todavía no contagiados, limpios del mal, serían llevados seguidamente al Preventorio que han instalado en Alcira. Al retorno a Valencia, el reverendo padre Romaná nos ha invitado a visitar rápidamente estas dos casas, totalmente instaladas y amuebladas, en espera sólo de la autorización oficial para comenzar su labor, que es de esperar no se haga tardar mucho.